

Esta vez lo oficial es una mezcla de naturaleza humana, situación ambiental de la sociedad y marco jurídico (si los legisladores son capaces de atar las dos primeras moscas por el rabo). Lo que sí se confirma es que Freire –más que Marina– tenía razón: nos educamos juntos, la tribu entera.

Familia y educación

Alfonso Díez (SA)

“Me preguntaste una vez por qué afirmaba yo que te tengo miedo”
(Franz Kafka, Carta al padre)

Como es sabido, con esta terrible frase comienza la larga y emotiva carta que Kafka escribió a su padre en 1919, y que éste no llegó a leer, porque nunca la recibió. Una dramática mezcla de sentimientos contradictorios largamente incubados y reprimidos: miedo, admiración, respeto, odio, vergüenza, sumisión, inferioridad, timidez, rencor, impotencia, furia, ansiedad, ironía, sarcasmo, reproches, culpa, ansiedad, súplica, sumisión, dependencia, perdón... que describen minuciosa y magistralmente la conflictiva relación entre Kafka y su padre. La cual también expresó metafóricamente en relatos tan fundamentales como *La metamorfosis* o *La condena*, entre otros.

Qué diferencia con la afirmación de aquel filósofo, cuyo nombre no recuerdo, que, entre orgulloso y agradecido, declaraba: “Yo nunca tuve miedo. Mi madre me quiso mucho”. Detrás de la cual se percibe la seguridad de quien se ha sentido querido y apoyado natural e incondicionalmente, porque la certeza de saberse amado nos hace invulnerables. (Buena parte del tiempo que he dedicado a este artículo se me ha pasado buscando obsesivamente el libro y la página donde hace años, impresionado, la leí y subrayé para no olvidarla. El tema que nos ocupa me la ha hecho recordar, pero mi frágil memoria olvidó a su autor).

La familia es, ciertamente, el ámbito social donde se suceden los más grandes contrastes y contradicciones. Puede ser un infierno o un paraíso; nuestro refugio o el lugar donde nos sintamos más desamparados; el ambiente en el que se aprenden y desarrollan el amor, la generosidad, la comprensión, el perdón, la buena educación... o las más violentas pasiones y hostilidades; los conflictos más amargos, las rivalidades más enfermizas, los egoísmos más

insolidarios... y la mala educación. En fin, una productiva fábrica de realidades que superan lo imaginable. Los medios de comunicación se encargan de servirlos a diario, proporcionando la materia prima con la que trabajan filósofos, médicos, psicólogos, sociólogos, pedagogos, novelistas, cineastas, etc.

Ya en 1930, hace más de ochenta años, Bertrand Russell en **La conquista de la felicidad** (Clásicos del Siglo XX, El País, Madrid, 2003), en el capítulo dedicado a la familia, comienza criticándola como la institución más desorganizada y peor encaminada de todas, advirtiendo que las relaciones entre padres e hijos, lejos de generar felicidad, “son en un noventa por ciento de los casos fuente de infelicidad para ambas partes, y en el noventa y nueve por ciento de los casos fuente de infelicidad para al menos una de las dos partes”. Y añadía: “este fracaso de la familia, que ya no proporciona la satisfacción fundamental que en principio podría proporcionar, es una de las causas más profundas del descontento predominante en nuestra época”.

Sin embargo, más adelante, previas recomendaciones a los padres a actuar con inteligencia, generosidad y sentido común, no haciendo demasiado caso de los psicoanalistas que los asustan con complejos, traumas y frustraciones en lo que a las relaciones afectivas se refiere, el filósofo británico recuerda que “es precisamente en los momentos de desgracia cuando más se puede confiar en los padres; en tiempos de enfermedad e incluso de vergüenza, si los padres son como deben ser”. Y concluye, como para que no se olvide, aunque parezca una obviedad: “En tiempos de éxito, esto puede no parecer importante; pero en tiempos de fracaso proporciona un consuelo y una seguridad que no se encuentran en ninguna otra parte”.

LO
OFICIO
—
LA



La tribu

Hace años el filósofo y escritor J.A. Marina popularizó con gran éxito el conocido proverbio africano: *“para educar a un niño hace falta la tribu entera”*. Todo un lema pedagógico ampliamente aceptado que sintetiza la finalidad de su proyecto *Movilización Educativa* (www.movilizacioneducativa.net) basado en la pedagogía de los recursos. O sea, que los padres e incluso la familia más próxima (abuelos, tíos...) no son suficientes para educar bien a un niño, ya que éste recibirá inevitablemente muchas otras influencias que le ayudarán —o no— a configurar su personalidad e integrarse socialmente. Es decir, de unas se beneficiará y de otras, por el contrario, habrá de protegerse, utilizando los conocimientos recibidos y aprendiendo de la experiencia, de los éxitos y de los fracasos, de los aciertos y de los errores. Se trata, pues, de ofrecer recursos para *“enfrentarse a los problemas, disfrutar de las oportunidades y mantener relaciones afectivas satisfactorias”*. Y, evidentemente, todos esos retos a los que han de enfrentarse niños y jóvenes superan la reducida capacidad educadora de la familia, que no posee los recursos ni los medios necesarios para garantizar la formación necesaria y el acceso a las oportunidades sociolaborales.

Conscientes de esta limitación, desde siempre los padres se han aplicado muy bien a la transmisión de dos conceptos fundamentales: la protección y el miedo, que entendidos en sus límites razonables son necesarios y beneficiosos, por su poder disuasorio, ya que previenen de los peligros que acechan a los niños y aseguran la estabilidad familiar, a menudo —es verdad— a través de una fuerte coacción

afectiva. Es decir, mediante la amenaza al hijo de perder el cariño, el respeto y la protección de quienes depende para sobrevivir. La literatura infantil, los cuentos y leyendas populares, narran fantástica y persuasivamente la eficaz inculcación de esos valores en las mentes infantiles.

En este sentido, podemos decir que la función socioeducativa de la familia se ha movido históricamente entre dos polos principales: el control y el descontrol, el autoritarismo y la anarquía, la responsabilidad y la irresponsabilidad, el amor y el odio, la protección y el desamparo, la riqueza y la miseria, la cultura y la incultura, etc. Lo cual ha dado lugar a muchos tipos de familia, según la mayor o menor cercanía a alguno de dichos polos o la equidistancia entre ambos. Así podemos hablar de familias autoritarias, sobreprotectoras, democráticas, permisivas o anárquicas; sin contar, lógicamente, porque no es el caso, otros tipos de familia derivados de su diferente origen o condición, ya sea social, económica, geográfica, étnica, cultural, religiosa, sexual, etc.

La escuela

Por su parte, la otra institución educadora por excelencia, la escuela, ha ocupado ese vacío educativo que la familia no podía ejercer, como es la socialización y el aprendizaje de los niños y jóvenes para su plena integración social. Pero con todo, tampoco aquélla, pese a su importante influencia —cada vez menor, eso sí— tiene capacidad por sí sola para satisfacer las demandas educativas de las familias y de la sociedad en general, ni para resolver todos los conflictos que en su ámbito se reproducen.

La necesaria y demandada colaboración entre escuela y

familia ha pasado por muchas vicisitudes, llenas de encuentros y desencuentros, de celos y reproches mutuos, así como de impotencias más o menos compartidas. Sus respectivos eclipses, casi paralelos, van revelando sus carencias y puntos débiles, poniendo de manifiesto que deben seguir trabajando juntos en aquello que les es común, pero que no son los únicos agentes educadores. Por ello han de volver a pensar sus funciones en una sociedad más compleja, cambiante e interrelacionada, caracterizada por la multiplicidad de influencias diversas, la inflación informativa y el constante bombardeo de estímulos que a diario recibe cada persona —desde un bebé hasta un anciano— a través de los distintos medios de comunicación.

En definitiva, volvemos al sabio proverbio africano, a la tribu, entendida como la sociedad bien estructurada, solidaria, dinámica y participativa, la cual se hace ahora más vigente, necesaria e incuestionable. Pero aún hay que salvar numerosos escollos.

Los padres y el síndrome de Peter Pan

Sí, uno de esos escollos más difíciles de superar es el de los padres, cada vez más demandantes de los servicios sociales y educativos del Estado y que delegan en él más responsabilidades propias del ámbito familiar y, por otro lado, paradójicamente, exigen el “derecho” a educar a sus hijos cómo y donde quieran y a decidir por sí mismos la educación que estimen más oportuna o les convenga, sin intromisiones de ningún tipo. Creen, o pretenden hacer creer a los demás, que así aman y protegen más a sus hijos, pero tratándolos como si fueran meros seres de su propiedad.



José Luis Corzo lo aborda irónica y acertadamente al referirse al desconcierto de muchos padres y madres al respecto, que entienden mal su derecho a educar y su participación en la escuela, cuando estorban o inordinan en ella: *“¿Quién tiene la razón? Los padres se quejan del colegio y los profes no paran de quejarse de los padres. La alternativa de la escuela pública trata*

de dar cancha a todos: docentes, no docentes, hijos, padres, municipio y asociaciones...” (Educar es otra cosa. Manual alternativo. Entre Calasanz, Milani y Freire, Ed. Popular. Madrid 2007, p. 19). O, como en este ejemplo del libro, entre otros, que reproduce la opinión de un padre en un espacio televisivo: “A mi niño me lo educo yo y controlo lo que ustedes dicen”. Penoso

testimonio que no está lejos del famoso exabrupto de la televisiva Belén Esteban en uno de esos programas de cotilleo que dan vergüenza ajena: *“Yo por mi hija, mato”*; ampliamente difundido en las portadas de las llamadas revistas del corazón, y con el que, desgraciadamente, se identifica una buena parte de nuestra sociedad, que ve reflejados en ella sus sueños de persona de a pie que triunfa sin otros atributos que su desparpajo, ignorancia e impúdica sinceridad.

Así Corzo propone un camino e indica la necesidad de *“una buena caja de resonancia democrática donde los padres criben a la sociedad y ésta a los padres; donde los profes enseñen a aprender y también aprendan; donde los niños puedan analizar las contradicciones y donde no haga ninguna falta estar todos de acuerdo, sino poder dialogar y razonar en paz. Yo creo que la escuela puede prestar su ámbito para que profes, hijos y padres nos eduquemos juntos y a la vez, aunque no revueltos”* (o.c., p. 20).

En cualquier caso, a todos, pero, especialmente, a esos padres y madres más demandantes que responsables hay que enseñarles o recordarles los siguientes versos del poeta libanés Gibrán Jhalil Gibrán que, acerca de los hijos, bien podrían figurar en un lugar preferente de cada casa: *“Vuestros hijos no son hijos vuestros. Son los hijos y las hijas de cuanto la Vida desea para sí misma. Son concebidos por medio de vosotros, mas no de vosotros. Y aun estando con vosotros, no os pertenecen.” (El profeta, Editores Mexicanos Unidos, S.A., 1ª ed. México, 1979).*

Tanto el derecho a la educación mal entendido, como la nueva moda de manifestar sin rubor el sentimiento posesivo y proteccionista de los padres hacia los hijos



(en contradicción con su frecuente falta de implicación educativa y el creciente aislamiento de muchos niños en su hogar) produce efectos tan negativos para el desarrollo normal del niño, que Francesco Tonucci, experto psicopedagogo italiano, gran conocedor del mundo infantil, miembro del Consejo Nacional de Investigación (CNR) y fundador del proyecto **La ciudad de los niños**, ya ha alertado repetidamente de este problema y denuncia que “*los padres se han vuelto sindicalistas de sus propios hijos*” (Público, 24/10/2008). Alude a esa hiperprotección que les transmite sus miedos y fobias, impidiéndoles crecer en todos los aspectos y vivir libremente experiencias propias, no tuteladas, mediante las que han de desarrollar su autonomía e individualidad necesarias para afrontar con naturalidad y confianza los riesgos propios de la vida.

Desde luego, la complejidad familiar en esto es más que notable; sorprendente, sin duda. Se mezclan la hiperprotección con el

abandono, el autoritarismo con la falta de autoridad, el entusiasmo por la educación pública o estatal con la creciente *educación en casa*, al margen del sistema escolar, por razones ideológicas, religiosas o laborales. Junto al síndrome de “Peter Pan” de muchos padres, que se niegan a madurar y ejercer como tales, están quienes exigen al Estado la obligación de una quimera, la imposible educación de calidad a la carta, mientras ellos se abstienen, objetan o se desentienden de cumplirla en su propia casa.

Finalmente, a modo de síntesis, recogemos unas breves y oportunas declaraciones del periodista Iñaki Gabilondo en una sugestiva página de *Cuadernos de Pedagogía* (333, marzo de 2004, pp. 40-44) sobre la responsabilidad educativa de la familia y de la escuela. Aboga por un proyecto social en el que cada cual asuma su papel y lo ejerza, cosa que a su juicio no hace hoy la familia, mientras que la escuela se ve desbordada por infinidad de

obligaciones, sin contar las burocráticas, que impiden realizar su verdadera función, y la convierten en un auténtico “cajón desastre”.

Así, por un lado, afirma que “*no vale malcriar a un hijo y pedir al profesor que lo convierta en ciudadano*”. Se refiere al infantilizador clima social que hace que los padres no quieran –o teman– hacerse mayores, renegando de sus obligaciones educativas y endosándoselas a la escuela, a los abuelos, a las guarderías, o a quien haga falta. Y en cuanto al papel de la escuela, reconoce sus limitaciones en el sentido de que ésta, por ejemplo, “*no puede librar sola la batalla contra los valores que fomenta la tele*”, y tantas cosas más.

Está claro, la tribu.

PARA SABER MÁS:

- Kafka, F., *La metamorfosis y otros relatos* (Clásicos del Siglo XX, RBA Editores, Madrid 1995).
- Russell, B., *La conquista de la felicidad* (Clásicos del Siglo XX, El País, Madrid 2003).
- “Madres, padres y escuela”: *Cuadernos de Pedagogía* 333 (marzo 2004).
- “Familia y escuela”: *Cuadernos de Pedagogía* 378 (abril 2008).
- Corzo, J.L., *Educar es otra cosa. Manual alternativo. Entre Calasanz, Milani y Freire* (Popular, Madrid 2007).
- Savater, F., *El valor de educar* (Ariel, Madrid 1997).
- Gibran J. Gibran, *El profeta* (Editores Mexicanos Unidos, México 1979).
- Marina, J.A., *Anatomía del miedo. Un tratado sobre la valentía* (Anagrama, Barcelona 2006).
- Rojas Marcos, Luis, *Convivir. El laberinto de las relaciones de pareja, familiares y laborales* (Santillana, Punto de Encuentro, Madrid, 2009). ■